

SERMON

SOBRE LA

DEVOCION DE MARIA SANTISIMA.

Qui me invenerit inveniet vitam.

El que me encuentre hallará la vida.

Prov. cap. VIII, v. 35.

Entre los dones que Dios se ha dignado conceder á sus criaturas, los mas preciosos son la salud y la vida: por su conservacion aventura el hombre cuanto de mas apreciable tiene sobre la tierra y nada le intimida por asegurar su posesion y goce. Por esta razon el sabio hijo y sucesor de David, Salomon, luego que ha hecho la descripcion y elogio de la sabiduría, que dice esfuerza su voz en los collados y en los prados, en la ciudad y en los vergeles; que ella fué el instrumento de qué se sirvió el Señor para asentar los montes sobre sus pesadas masas, para dar solidez á la region etérea, para poner diques al mar y establecer los términos al orbe, escita á todos á que la busquen, ofreciendo en recompensa la salud y la vida; pero salud y vida eterna como el principio de donde se origina y que saciará ciertamente los conatos del hombre: *Qui me invenerit inveniet vitam.*

Estas palabras que la maestra de la verdad é intérprete sagrada de las Escrituras, la Iglesia Santa, aplica y predica de aquella celestial señora que mereció concebir en su castísimo seno al Verbo Divino y ser llamada por consiguiente Madre de la Sabiduría increada, á un mismo tiempo nos manifiestan el origen de la augusta devocion que nació con la Iglesia, y nos demuestran los grandes beneficios que están pignorados á los que verdaderamente la practican.

Mas como quiera, M. A. O., que muchos están falsamente persuadidos que conseguirán la proteccion de la Señora por un culto vano y una devocion que no está fundada en sólidos cimientos, he creido oportuno dedicarme en este dia á combatir error tan grosero, demostrando que solo es aceptable á la Santísima Virgen, aquella devocion que vá fundada en la observancia de la ley de su divino Hijo; pues si bien es una verdad consoladora que María es madre de pecadores, debemos tener entendido que lo es de aquel pecador que detestando sus pasados extravíos, acude á implorar su proteccion y benéfico amparo, con lágrimas de arrepentimiento, pero no de aquel otro que aletargado en el lecho de los vicios vive de un modo contrario á la divina ley, con cuya anticristiana conducta, renueva en espresion de San Pablo, los tormentos y la muerte de Jesus.

Para conseguir mi objeto, voy á demostraros lo racional y antiguo del culto y la devocion de la Santísima Virgen, y lo que de esta clementísima Señora podemos esperar, si somos sus verdaderos devotos haciéndoos conocer las reglas que han de guiar la devocion, para conseguir por su mediacion la salud y vida de nuestras almas. *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Hecho ya conocer el objeto del presente discurso, restáanos tan solo impetrar los auxilios de la divina gracia. El Señor se dignará concedérmelos, iluminando mi entendimiento é inflamando mi voluntad, á fin de que produzca saludable fruto la predicacion del Evangelio. Nos bastará interponer la mediacion poderosa de la que en estos momentos es objeto de nuestro culto, y á la cual para obligarla en cierta manera, á interceder en nuestro favor, la saludaremos repitiendo las mismas palabras que un dia la dirigiera el Arcángel al anunciarle su divina Maternidad: *Ave Maria.*

PARTE ÚNICA.

Orgullosa la impiedad, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Sin embargo, no han podido conseguir á pesar de sus esfuerzos los apóstoles del error, debilitar en lo mas mínimo ese entusiasmo general que se advierte en toda la estension del Cristianismo, por las glorias de la Madre de Dios y de los humanos. El nombre hermoso de María se encuentra de continuo en los lábios de todos los cristianos, que á ella acuden en todas sus tribulaciones y en cuantas aficciones nos cercan en el valle de lágrimas en que somos viadores.

¿Y qué tiene que oponer la impiedad á nuestro modo de obrar? ¿Cuáles son las objeciones que nos presentan para combatir esa universal confianza que en María fundamos los cristianos? Es la primera que nosotros confundimos á María con Dios y de ambos cultos hacemos uno mismo. No es así ciertamente y

solo puede asegurarlo la ignorancia ó la mala fé. La Iglesia no confunde ni puede confundir el culto de Dios con el que tributa á su Madre. A Dios consagra un culto de adoracion que solo á El es debido y que se llama culto de *latria*. El que tributamos á María es un culto de intercesion que llaman los teólogos de *hiperdulia* y de aquí la diferencia de nuestros ruegos, puesto que al dirigirnos al Señor exclamamos: *Miserere nobis*, y al rogar á María, *Ora pro nobis*. Seguramente no atienden á esta notable diferencia los que nos intitulan fanáticos al vernos postrados ante la imágen de aquella venturosa criatura, á la que su divino Hijo Jesus concediera en el dia de la Redencion la maternidad universal de todos los hombres.

Si registramos las obras de los Padres, encontraremos en todos una gran conformidad en este punto. San Agustin, cuya ciencia fué tan portentosa, habla de María con el mayor fervor, celebra sus glorias, sus prerogativas, los grandes beneficios que por ella recibe la humanidad, y la llama, escala celestial y puerta del cielo. San Bernardo, tan devotísimo de la Señora, habla con tal energía al par que dulzura, que el corazon se siente rebosar en las mas dulces espanciones al leer sus inspirados conceptos, asegurando que nadie acude en vano á la angelical criatura, que compara con la brillante escala de Jacob.

En efecto, cristianos, si á María acudiésemos como á Dios, reconociendo en ella la divinidad y los atributos que son propios y peculiares de Dios, en este caso incurriremos en una supersticion y cometeriamos un gravísimo pecado. Si recurrimos á ella es porque sabemos el gran poder que á favor nuestro le ha sido concedido, y lo hacemos de la misma manera

que en la tierra y en el orden natural acudimos para conseguir las gracias de los monarcas á aquellas personas que están mas inmediatas al trono y que gozan de mayor influencia, con el que puede otorgarnos la gracia que deseamos conseguir. Es pues justo, es razonable el culto que la Iglesia tributa á la Santísima Virgen y la ardiente devocion que la profesamos.

Ahora os preguntaré yo, mis amadísimos hermanos, ¿de qué época data la devocion de la Santísima Virgen? ¿Es por ventura debido á la piedad de la edad media? De ningun modo, y para asegurar tal idea es necesario hasta haber renunciado al raciocinio. El sepulcro donde momentáneamente descansó su bendito cuerpo fué su primer altar. María habia sido la maestra de los Apóstoles: á ella acudian en todas sus dudas los que estaban destinados para llevar la luz del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra. Pero María, llegada que fué la hora determinada en los consejos de la Trinidad Beatísima dejó el mundo para reinar en el cielo. Su muerte fué un tránsito dulce y agradable. Los Apóstoles que no encontraban consuelo, rodeaban el sarcófago, llenos de tristeza y las manos juntas ante el pecho. Elevaban al cielo fervorosa suplica, que era llevada por el ángel de la oracion. Fué necesario levantar la losa del sepulcro para que Tomás que no se habia hallado presente al sepelio de la Santísima Virgen, tuviese la dicha que habian tenido sus compañeros de besar sus virginales manos. Pero se habia verificado un prodigio semejante al de la Resurreccion del Salvador. El cuerpo de María no estaba en el sepulcro: habia subido al cielo. A vista de tal portento, los Apóstoles se postraron en tierra y alabaron á Dios, colmando de bendiciones á María. Aquel

sepulcro fué su primer altar. De allí se separaron para repartirse por el mundo y continuar la grande obra que ya habian emprendido de evangelicar á las naciones.

Poneos ahora de frente á las predicaciones de los Apóstoles, y dad lugar al raciocinio. ¿Qué es lo primero que debian anunciar por todas partes? Que Jesucristo á quien los judíos habian quitado la vida en el patíbulo de la Cruz era el verdadero Mesías, Hijo de Dios. ¿Y cómo podian hacer conocer que Jesucristo era Dios y Hombre verdadero sin hablar de su Encarnacion? ¿Y cómo explicar este misterio capital de nuestras creencias religiosas sin hablar de María, sin explicar la milagrosa operacion que en ella efectuara el Espíritu Santo para llevar á cabo la union hipostática de ambas naturalezas divina y humana en la Persona del Verbo? Necesario era hablar de María, hacer conocer que ella era la mujer anunciada al mundo desde el Paraiso, la que habia sido objeto de la espectacion de los justos y patriarcas, la criatura feliz en suma, que habiendo hallado gracia á los ojos del Señor fué digna de la eleccion que de ella hizo la Santísima Trinidad para ser elevada á la altísima dignidad de Madre de todo un Dios. Cuando se ocupasen de los milagros efectuados por Jesucristo, con los cuales demostraba su divinidad, al hablar del primero de ellos, verificado en las bodas de Caná, ¿cómo no explicar que fué hecho á ruegos de su Madre, y de hacer comprender cuán eficaz es su proteccion á favor de las criaturas? Subamos ahora con nuestra consideracion al Calvario, Jesucristo antes de espirar le concedió la maternidad de todos los hombres en la persona del discípulo amado: ella aceptó obediente como siempre lo

estuvo á las órdenes del Señor, y desde entonces quedó constituida Madre de los pecadores. ¿Creeis, mis amados oyentes, que no se harian cargo en sus sermones los Apóstoles, de esta preciosa manda con que Jesucristo quiso enriquecer á la humanidad? Es imposible. Por esto al convencernos de que los mismos Apóstoles predicaron al par que la divinidad de Jesucristo las glorias de su Madre, tenemos que confesar que el culto de la Señora empezó con la Iglesia, y que su devocion es tan antigua como el cristianismo.

Ahora bien, señores, ¿qué beneficios ha recibido la humanidad desde entonces, de la purísima criatura que siendo Madre de Dios, es al mismo tiempo Madre de los humanos? ¡Ah! Que el mundo está lleno de monumentos que nos demuestran el amparo y la proteccion que en todo tiempo ha dispensado á cuantos han acudido á ella en las necesidades de la vida. Dirigid una mirada de observacion por todos los pueblos cristianos y os contarán maravillas: abrid la historia, preguntad á la tradicion y vereis que por su mediacion cesaron las mayores tempestades, se remediaron las mas graves aflicciones, y se aplacó la cólera del Eterno justamente irritada por los pecados de los hombres. ¿Quién recurrió á su proteccion que no saliera remediado? ¿Quién vertió en su presencia una lágrima que no espermentase consuelo? ¿Cuándo María ha cerrado sus oidos á las súplicas de sus devotos? Bien lo sabeis y está en la conciencia de todos, porque la esperiencia en ello nos confirma, que ha sido siempre el ángel del consuelo para la humanidad afligida. Dotada de un corazon benigno, amante y cariñoso, su pensamiento culminante ha sido siempre amparar á

los mortales. Preguntábale su sierva Santa Brígida cuál era su ocupacion en el cielo, y escucha esta contestacion de sus virginales lábios: *Misericordia peto pro miseris*; pido misericordia en favor de los miserables. Si pues el mundo, cristianos, está convencido de esta verdad, ¿qué extraño es que se muestre tan entusiasta por sus glorias? ¿A quién podrá parecer un fenómeno inesplicable, ese amor extraordinario, esa devocion tan ferviente que en todas partes se le profesa. Do quiera que dirigimos nuestra vista, nos encontramos con sus imágenes; el tierno infante que aun juguetea en el regazo materno, el hombre de estado, como el encanecido militar en cuyo rostro se advierten las huellas de cien combates, todos se posttran llenos de amor en su presencia y demandan sus bondades. Es que el mundo cristiano está convencido de que María, como la llaman los Padres, es el conducto de la divina misericordia. Es que el culto de María es verdaderamente el culto del corazon. Es en suma, que se cumple como no puede menos de cumplirse el precioso vaticinio de la purísima doncella de Judá: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada.*

Vamos ahora á hacernos cargo de una observacion que hace un moderno y erudito cantor de las glorias de la Madre de Dios y de los hombres. «Lo perteneciente á la Santísima Virgen ha sido objeto muy tratado. Este asunto que se piensa ordinariamente no se prestaria sino á emociones piadosas, sin ser capaz de sostener la atencion del espíritu, es tambien la materia sobre que mas se ha ejercitado la inteligencia humana. Nosotros conocemos un catálogo, aun no acabado, de los libros que ha producido, y que presenta ya cuarenta mil volúmenes la mayor parte en *cuarto*

y en *fólio*. Y entre estos monumentos elevados á la gloria de la humilde María, los que mas se encumbran en loor suyo y que mas rivalizan en su devocion, están firmados por los nombres mas sublimes y puros que hallan brillado en el mundo: San Agustín, San Anselmo, Alberto Magno, San Bernardo, el cardenal Berullo, Bossuet, Juan Gerson, por no señalar sino los mas devotos é ilustres. Pero de entre todas estas obras tan numerosas y algunas hermosísimas, de entre todos estos trabajos que vé florear y producirse el Mes de María cada año, cual ramillete de flores mas tempranas ó mas tardías, no conocemos un solo libro ú obra que no suponga ya la devocion de la Santísima Virgen en el alma del lector y que no tenga por objeto satisfacerla (1).» María, pues, pertenece á todos los siglos del cristianismo.

Vosotros tambien, M. A. O., formais parte en ese coro de cantores de las glorias de María: tambien vosotros os entusiasmais al escuchar sus grandezas, y la profesais devocion, fundando en ella la esperanza de vuestra salvacion. Habeis oido que es racional el culto que el cristianismo la tributa: que su devocion es tan antigua como la Iglesia; que el mundo está lleno de testimonios que nos demuestran claramente los grandes beneficios que por su proteccion ha recibido en todo tiempo la humanidad. Mas me permitireis, mis hermanos, os dirija una pregunta. ¿Esa devocion que profesais á la Santísima Virgen es verdadera? ¿Os creéis con derecho á que os dispense sus favores? ¿Estais en el convencimiento de que por ella habeis de alcanzar la vida? Me temo que vivais en

(1) Augusto Nicolás: *La Virgen Maria y el Plan Divino*. Introduccion.

un lamentable error, creyendo que habeis de conseguir tan inestimables bienes por una devocion vana que no puede ser aceptable á la Virgen María, cuando no vá fundada en el sólido cimiento del cumplimiento de la ley de su divino Hijo. María es el ejemplar de todas las virtudes: su humildad profundísima, su ciega obediencia, su caridad la elevaron á la altísima dignidad para que fué escogida. Ella sabe que el pecado fué el cruel verdugo que quitó la vida al Hijo de sus entrañas. ¿Cómo pues podrá amar ni favorecer á los que duermen tranquilos en el lecho de la sensualidad, por mas que la dirijan algunas tibias oraciones? ¿Cómo acogerá bajo su manto de piedades al que no evita la ocasion, huye del peligro, y trabaja por seguir la senda de la rectitud y de la justicia? Seria la mayor ofensa que podriamos hacer á la Señora, creer que se complace en proteger y dispensar beneficios á los que son enemigos declarados de su Santísimo Hijo, y tal lo es el que voluntariamente vive envuelto en el negro manto de la culpa. Madre de piedad y de misericordia, está siempre dispuesta á favorecer á las criaturas. Sus ojos están siempre abiertos y sus oidos atentos para ver nuestras necesidades y escuchar nuestras súplicas, pero quiere que á ella lleguemos con un corazon contrito y humillado, que lavemos nuestras pasadas infidelidades con lágrimas de penitencia, y á este precio y no de otro modo nos ofrece su proteccion y amparo.

Comprendedlo de una vez, M. A. O., los que no apartándose de los caminos de la perdicion creen conseguir la salvacion por una vana devocion, se engañan lamentablemente. De nada os servirá vestir el Santo Escapulario de alguna congregacion de la Vir-

gen, inscribir vuestros nombres en el libro de alguna de sus cofradías, dirigirle diariamente algunas oraciones sino purificais vuestras conciencias por medio de la penitencia. Esta es la regla que debe observar vuestra devoción para que sea verdadera y aceptable á los ojos de María. Si así lo haceis, si arrepentidos de vuestros pecados acudís á esta Reina Soberana, experimentaréis prontamente su protección, y por sus manos benéficas os colmará el Señor de bendiciones. Hacedlo así y el premio de vuestra sólida y verdadera devoción será el conseguir la salud y la vida de vuestras almas: *Qui me invenerit, inveniet vitam.*

Virgen Santísima, Tabernáculo de la misma divinidad, Templo y Sagrario de la Trinidad Beatísima, Estrella hermosa de Jacob, sed nuestra guía en este valle de lágrimas y de miserias en que somos viadores. No nos desecheis porque hemos pecado, y atended tan solamente á nuestro arrepentimiento: verdad es que hasta aquí hemos sido ingratos y rebeldes, pero en adelante, otra será nuestra conducta. A través de las aflicciones del mundo ¿á quién hemos de acudir sino á Vos? ¿No sois nuestra Madre? ¿No os habeis complacido siempre en dispensar beneficios á vuestros amados hijos? Pues tended hácia nosotros una mirada de compasión: á tí suspiramos, purísima María, vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos, y sed nuestro amparo y protección en la terrible hora de nuestra muerte: ahora y entonces ruega, Señora por nosotros, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que es la posesión de la gloria, que deseo á todos. *Amen.*

SETENARIO

DE LOS

DOLORES DE MARÍA SANTÍSIMA.

SERMON SOBRE EL PRIMER DOLOR.

La Profecía de Simeon.

Ecco positus est hic in signum cui contradicetur, et tuam ipsius animam pertransibit gladius.

Hé aquí que este está destinado á ser el blanco de toda suerte de contradicciones y una penetrante espada de dolor traspasará tu alma.

Luc. cap. II, v. 34 y 35.

Católicos: El objeto que hoy nos reúne bajo las bóvedas de este augusto Santuario, y que por espacio de siete días consecutivos nos traerá á él, no puede ser mas tierno ni de mayor interés para los que nos gloriamos de ser hijos de la Iglesia de Jesucristo. A través de la amargura en que rebosa mi corazón, al recordar las trágicas escenas que con tosco pincel debo bosquejar en estos días, mi alma se llena de con-